

# EL FUSIL

Siglo II.—Año VI.—Disparo 232

Periódico radical

OFICINAS  
Caños, 4, Madrid

PRECIOS

UN AÑO: { Provincias . . . . . TRES ptas  
(Madrid y Extranjero) . . . SEIS ptas

NÚMERO SUELTO:

Corriente, 5 cént. Extraordin. 10

Mano de 25 ejemplares  
75 céntimos

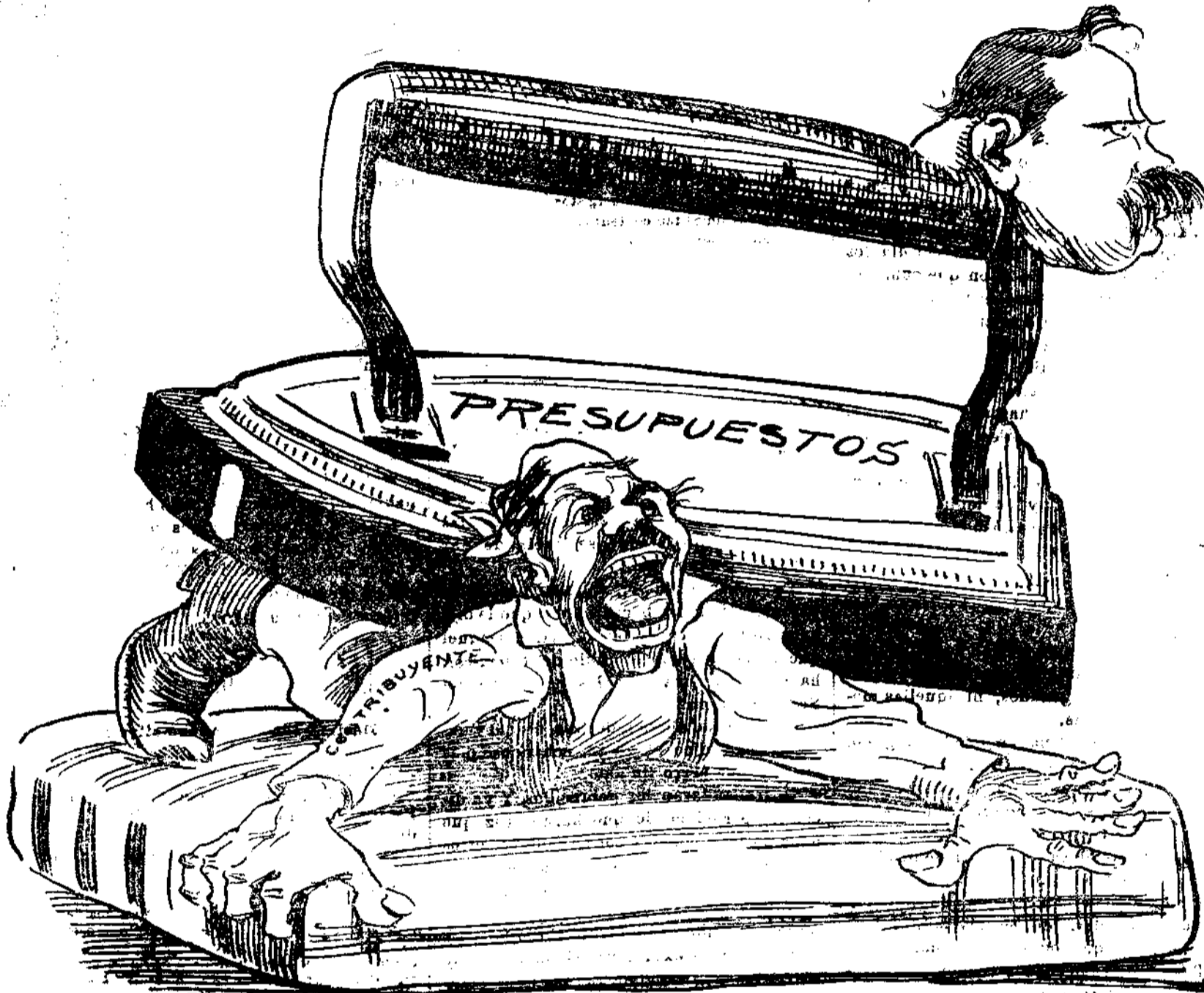
Pago adelantado

En libranza, sobre monedero ó Letras de fácil cobro. No se admiten sellos.

Toda la correspondencia al Administrador

Lunes 16 de Febrero de 1903

## Recuerdos del juicio de la Cecilia



**FISCAL.**—Está visto, señores Jurados, que el móvil del planchazo ha sido el de cobrar las contribuciones después.

### Por arriendo

D. Alfonso XIII ha determinado dar un premio de 5.000 pesetas al que resuelva el problema agrícola.

Y como esta iniciativa de D. Alfonso la ha hecho suya el Sr. Silvela, publicándola en la Gaceta, cae dentro de los dominios fusileros y puede El Fusil hablar de ella todo lo que le dé la gana.

Voy a hablar, pues, con tanta más libertad, cuanto que es para aplaudirla.

Como que el tal premio de las 5.000 pesetas tiene miga, pero muchísima miga.

En primer lugar, equivale a decir al marqués de Vadillo, que es un tonto. Sí, señores. Se le dice que es un grandísimo tonto.

Porque él es el ministro de Agricultura; él tiene obligación de resolver el problema ese, pues para eso se le paga el sueldo, para que lo resuelva y no se pase el tiempo ras-cándose la tripa. Y se le paga al ministro no un premio de 5.000 pesetas como se anuncia ahora, sino que se le pagan seis mil duros y coche.

Luego si por mil duros se resuelve un problema, Vadillo estará obligado a resolver nada menos que seis problemas.

Y cuando no los resuelve, cuando hay necesidad de sacar a concurso esos problemas, ¿no prueba esto, que tanto la Corona, como Silvela, epinan que es tonto el mar-

qués de Vadillo y que no entiende el oficio, ni sabe lo que lleva entre manos? Si no eres un tonto y que no sirve, ¿a qué había necesidad de convocar concursos para resolver problemas? ¿Que los resuelvan los ministros, que para eso los pagamos!

Y no crean ustedes que eso de considerar a Vadillo tonto es una broma de El Fusil; no, señores. Voy a demostrarles a ustedes que es verdad.

Figúrense ustedes que yo tuviera un coche. (No me vendría mal). Y figúrense además que tuviera de cochero a Canalejas. Pues si se me ocurriese anunciar en El Fusil un concurso ofreciendo mil duros de premio al que mejor resolviera el problema de guiar mi coche, ¿no indicaría yo con esto que Canalejas no me servía para cochero?

Y el mismo Canalejas, si tenía pundonor, vendría a hacer dimisión, a entregarme la fusta, y a decirme:

—Ande usted, y guíese usted el coche si le da la gana, porque cuando ofrece usted esos premios es que busca usted cochero nuevo y no está contento conmigo.

Pues de la misma manera pasa con ese premio y con el ministro de Agricultura. ¡Tampoco sirve!

Y es lo peor que aquí no sirve nadie. Y porque no sirve, porque en los setenta años

últimos ha habido en los ministerios cada acémila que temblaba el orbe, es por lo que El Fusil propuso ya en cierta ocasión un pistonudo sistema de nombrar ministros.

Propuso el sistema de la subasta y del arriendo. ¡Era el gran sistema!

¿Que Vadillo cobra, verbigratia, seis mil duros y coche, por ser ministro? Pues si el cargo de ministro se sacara a subasta, yo apostaría la pierna buena del conde de Romanones, a que salían quinientos licitadores que se comprometieran a ser ministros gratis ó por la alimentación y el tabaco...

Y lo mismo podía hacerse con los demás empleos. Todos a subasta. Y en todos resultaría una economía grandísima. Hasta habría gentes que se comprometieran a servir el empleo gratis y dar dinero encima. ¿No lo hacen así los diputados a Cortes?

Y junto con ese sistema podría ir el otro, el de los premios para resolver los problemas. Al que resuelva el problema agrícola, mil duros; al que resuelva el problema marítimo, tres pesetas; al que resuelva el problema de la Guerra, veinticinco céntimos, y así sucesivamente.

Si no se hace eso, está visto que nos vamos hundiendo de cabeza. Eso es lo más fácil, lo más barato y lo más seguro. Véase, por ejemplo, lo que hace el gobierno en muchas cosas. Arrienda las cerillas, el tabaco, las cédulas... ¿Pues por qué no arren-

dar, asimismo, las carteras de los ministros, a ver si salía algún vivo que nos sacase del atasco y nos librase de las plagas de memos que han venido escalando esos puestos, antes de ahora?

### CONVERSACIONES

—¡Oleee, estoy estronco!

—¿Qué te ocurre, Maturanga?

—Pues que yo no sé si ha sido por efecto de las gachas que me comí el otro día en la taberna del Narpias, pero es el caso que tengo las tripas como una jaula de diputados.

—Pud que sea más que por ná, por las aguas del Losoya.

—¡Quita, hombre! Si estos días viene el ara, según dice mi patrona, pues yo no la uso en casa, ni fuera.

—Ya le he netao; tienes talmente la cara como un ladrillo rococho, y ni pa Dios te la lavas.

—Pero, hombre, ¿qué va a hacer uno sabiendo que en muchas casas se intoncan las personas?

—Pere ese no es por los aguas.

—¿Por qué es?

—Por comer cosas que cuestan la mar de caras, y el infeliz que las pnieba, de seguida agüeca el ala pa el otro barrio.

—Yo como ó judías ó patatas á diablo...

—Hay alimentos que parece que tén jalapa; la leche que aquí se vende, ¡qué leche, chico, más mala!, y así, toca los alimentos.

—Pud ser que por esa causa la baiga diñao el Manitas.

—Pero, oye, ¡ha estirao la pata el sujeto que vendía cafetín por las mañanas en el Rastro?

—No.

—Entonces, ¿de qué Manitas me hablas?

—Del Duque de Tetuán, ese que puao en la cara...

... los dátils á un tal Comas en el Senao.

—Pues me extraña que se mueran tantos gordos, y más con la vigilancia que los tenientes de alcalde ejercen en toas las casas donde venden comestibles ó bebestibles.

—¡Agarra!

¿quién te ha contao esa historia de que vigilan?

—El Narpias;

y dice que á él le han tirao el vino en una semana cuatro veces, porque el socio creo que lo bantibaba con frecuencia.

—Lo supongo.

—Y también sé que el Panchampla el tendero le quitaron cinco cajones de latas de conservas.

—¿Ande leñel!

—¿Pues la cosa tiene gracia!

—Por más que eso se comprende muy bien, como las sustancias alimenticias que compra el público son tan malas, los tenientes se habrán dicho: si á nosotros nos regalan por hacer la vista gorda un queso ó cualquier fianda, por el estilo, está claro